

# LA QUINTA ESTRELLA

---

**LA HISTÓRICA RIVALIDAD CON EL  
AMÉRICA DESDE LA MEMORIA DE  
UN RAYADO EN EL EXILIO**



EDICIONES DEL FUTBOLISTA

FELIPE VIELLE

---

LA QUINTA  
ESTRELLA

---

*F*ICTICIA

---

MÉXICO

2021

LA QUINTA ESTRELLA. LA HISTÓRICA RIVALIDAD  
CON EL AMÉRICA DESDE LA MEMORIA DE UN  
RAYADO EN EL EXILIO

D.R. © Jean-Philippe Vielle Calzada

D.R. © Roberto Gómez Junco por el prólogo

D.R. © Ficticia, S. de R. L. de C. V.

Edición: septiembre de 2021

Editor: Marcial Fernández

Director de la colección: Diego García del Gállego

Diseño de la obra: Rodrigo Toledo

Consejero editorial: Mónica Villa

[www.ficticia.com](http://www.ficticia.com)

[ficticiaeditorial@ficticia.com](mailto:ficticiaeditorial@ficticia.com)

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida ni en todo ni en parte por ningún medio, sea mecánico, electrónico, magnético o cualquier otro, sin la previa autorización por escrito de los editores.

ISBN 978-607-521-133-6

Impreso y hecho en México/*Made and Printed in Mexico*

*Al linaje de Río Papaloapan*

*La historia la escriben los vencedores,  
pero la narran los vencidos.*

Ricardo Piglia

## PRÓLOGO

Con su pasión por los Rayados como impetuoso pero bien orientado vendaval, “desde el exilio” Felipe Vielle navega en sus recuerdos para realizar en *La Quinta Estrella*, un original y muy futbolero periplo.

A diferencia del tiempo que avanza lineal e inexorablemente, él va y viene una y otra vez del pasado al presente y de regreso, para detenerse en los momentos y con los personajes a los que sus emociones lo remiten. Y ahí mismo nos ubicamos nosotros, ávidos por descubrir hacia dónde nos llevará el siguiente salto de Cronos.

Es éste, un minucioso y memorioso relato aparentemente dirigido a los seguidores del Club Monterrey nacidos a más tardar en 1965, pero que en realidad también será disfrutado por lectores más jóvenes y aunque abracen a otro equipo como el receptor de sus entusiasmos y el emisor de sus balompédicas alegrías y tristezas.

Añejas figuras albiazules del tamaño de Ignacio El Gallo Jáuregui, Javier Quintero, Guarací Barbosa, Magdalena

Cano, Alfredo El Alacrán Jiménez y Ubirajara Chagas Bira, conectadas gracias a la apasionada memoria futbolera de Felipe con otras estrellas que hace menos de dos años escribieron una de las cinco más brillantes páginas en la historia del club rayado: Antonio Mohamed, Marcelo Barovero, Stefan Medina, Leonel Vangioni, Jesús Gallardo, Nicolás Sánchez, Carlos Rodríguez, Vincent Janssen, Rogelio Funes Mori, Dorlan Pabón y algunos más.

Unos como primigenios protagonistas de estas reminiscencias a pesar de haberse quedado en el umbral de una final en el verano de 1972, y otros como tardados pero gloriosos reivindicadores de sus “abuelos de rayas” al obtener el codiciado título de campeones en diciembre de 2019 tras doblegar, por la vía de los penales, a los “nietos” de José Antonio Roca, Prudencio Pajarito Cortés, Guillermo Campeón Hernández, Enrique Borja, Carlos Reinoso y Juan Manuel Borbolla.

Entre las dos generaciones imantadas por este peculiar recorrido de ida y vuelta, desfilan jugadores y directores técnicos de los Rayados que lograron otras cosas durante esa interminable pausa transcurrida entre la crónica de una derrota anunciada y el advenimiento de la terapéutica y liberadora revancha.

Francisco Avilán, Daniel Alberto Pasarella, Víctor Manuel Vucetich, Mario de Souza Mota Bahía, Francisco Javier El Abuelo Cruz, Reynaldo Güeldini, Guillermo Franco, Jesús Arellano, Antonio y Aldo de Nigris, Humberto Suazo.

Antes y después de ellos, dos duelos futbolísticos separados por 47 años y medio en el tiempo y 390 kilómetros en la distancia, del Nou Camp leonés al capitalino Estadio Azteca.

Dos cruciales partidos —lejanos entre sí— hábilmente entremezclados, amalgamados, y utilizados además como magnífico pretexto para hablar de otros asuntos, para asomarse a otros temas.

Enhebrados con las andanzas del amado equipo, irrumpen los jesuitas en el Tec y sus alrededores, Eugenio Garza Sada y las circunstancias que envolvieron su trágico final, el endémico centralismo más acentuado en aquellos tiempos, las convicciones de izquierda en el seno familiar, las maravillosas “cascaritas” en la regiomontana Colonia México y la imprescindible presencia de Lucy, la cariñosa nana que marcó la vida del autor con su apasionado gusto por el fútbol que en ese entonces parecía ser en blanco y negro.

“Desde muy niña la abrazaron las montañas”, y tras el abrupto desvanecimiento en su corazón del verde oscuro de los entrañables Jabatos de Nuevo León —de inolvidable presencia en la Primera División de 1966 a 1969—, Lucy buscó el necesario bálsamo en los colores azul y blanco, a diferencia de muchos que ya no buscamos siquiera color alguno en el cual refugiar nuestros ímpetus de enfebrecidos seguidores.

Radicado desde hace 20 años en Irapuato, dócilmente conducido y elevado por su pluma, Felipe Vielle le da vuelo a sus añoranzas para ubicarse en el Cerro



de la Silla y desde ahí —después de “divisar el panorama cuando empieza a anochecer”— rendirle este conmovedor homenaje a sus Rayados del alma, a manera de literaria catarsis, y en cierta medida, de retrospectivo desahogo.

Porque una revancha deportiva de tal dimensión debía ser adecuadamente registrada, porque no sanaba la herida sufrida ante el otrora invencible América con toda la parafernalia televisiva y arbitral a su servicio, porque el penal anotado por Vangioni finalmente logró transformar el doloroso recuerdo en anecdótica cicatriz.

Un penal en la noche de ese 29 de diciembre que al venturoso perpetrador de esta memorística historia lo atrapó, embelesó y subyugó en la madrugada del 30, porque estaba en Mons, capital de la provincia de Henao, en Bélgica, lugar donde jubilosos él y su hija —cuyo oso favorito en su momento fue bautizado como *Chupete*— salieron “a correr en las calles vacías de un pueblo fantasma envuelto en la niebla, a 2 grados bajo cero”.

En el terapéutico afán de explayarse, al ir vertiendo a borbotones sus sentimientos y recuerdos, Felipe se divierte con el lenguaje como se divertía primero con la pelota y después con el balón, sin olvidar que a final de cuentas tanto el fútbol como la literatura y la vida son simples juegos que deben ser jugados con toda la seriedad del mundo, pero también con ese lúdico espíritu con el que este relato nos hermana y nos reconcilia.

¿Y si jugamos a leer?

ROBERTO GÓMEZ JUNCO

# 1. EL ORIGEN DE LA ADICCIÓN



*Nadie elige dónde nacer, pero sí elige de dónde ser. Yo elegí ser de Monterrey, México.*

Guillermo Franco

Mi madre decía que la primera palabra que pronuncié fue gol. Ese cariñoso reproche se lo debo al futbol regiomontano. Nací en el Monterrey de los sesenta, a las orillas del río Santa Catarina, y crecí en la colonia México, a unas diez cuabras del estadio Tecnológico. En aquel entonces no existían los Tigres y, el otro equipo del Estado, los Jabatos de Nuevo León, luchaban con gallardía para mantenerse en la primera división. Descendieron cuando estaba por cumplir cinco años, en la temporada 1968-69, perdiendo 1-0 contra el Oro de Guadalajara, en un aguerrido partido de desempate que se jugó en el Estadio Azteca, y que culminó al minuto 44 del segundo tiempo, con un dramático gol de Bernardino Brambila. Conozco esa

historia gracias a mi desconsolada nana Lucy, quien, al ser originaria de La Fama, era fanática de los Jabatos. Respondiendo a mis solicitudes recurrentes, me mostraba una y otra vez las jugadas que atesoraba en su cuaderno de recortes del periódico *El Porvenir*. Ahí tenía plasmadas las trágicas hazañas de su equipo, incluyendo la primera victoria en el recién inaugurado Estadio Universitario, cuando en 1967 los Jabatos derrotaron a la Selección Mexicana por dos goles a uno. La tercera plana tenía el recuerdo de Polo Barba rematando un soberbio tiro de esquina cobrado por García Lomelí: el balón terminaba incrustado en el ángulo superior izquierdo, adornado por el inútil vuelo de Javier el Gato Vargas. En aquel entonces vivíamos en la calle de Río Lerma, mi padre era profesor del Tecnológico, y mi madre incursionaba en el periodismo local después de dar a luz a mi único hermano, tres años menor que yo.

A pesar de mi corta edad, Lucy marcó mi vida con su apasionado gusto por el fútbol. Después del baño vespertino, me sentaba a su lado para comentar en voz alta las efemérides del partido que transmitía la televisión local, recreando las mejores jugadas con una pelota desinflada entre las piernas y las cortinas simulando las redes. Su presencia no sólo compensó la ausencia de mi madre, sino que me permitió intuir que la mejor manera de transformar el lenguaje en emoción era desmenuzar el juego a partir de la ilusión con la que soñábamos ser futbolistas. Si al aprecio por el

## LA QUINTA ESTRELLA

futbol se accede principalmente por los ojos, el electrificante fulgor de sus crónicas también es capaz de iluminar la gravitación de sus inesperados desenlaces. Para algunos, los primeros destellos surgieron de la narración sobrepuesta al rugir de los estadios, a través de las ondas radiales. Para otros, fue a partir de un pequeño monitor fuera de foco en el cual los uniformes eran siempre los del Botafogo, el Real Madrid o el Atlético Español. Había que observar con detenimiento la tonalidad de las medias para distinguir a los rivales en turno, pues la imagen sólo respetaba la vestimenta del silbante. Un buen día, sin embargo, arropados por alguien que nos tomó de la mano con cariño y confianza, atravesamos por primera vez el túnel oscuro y descendiente que desemboca en el abismo de las porras y los cantos. Esa mañana, o quizás esa noche, descubrimos que el futbol no era en blanco y negro. El color nació de repente en el esquema geométrico que habíamos dibujado tantas veces, para llenarnos la memoria de hierba y de uniformes. El impacto fue asombroso cuando el immaculado jardín imaginario se convirtió en realidad palpable. Ahí estaban de pronto los círculos concéntricos y las medias lunas, con aquellos arcos gigantes en donde, a pesar del vuelo, era imposible alcanzar el travesaño antes de que el balón agitara la red.

Al descender los Jabatos, Lucy intentó inclinar su corazón hacia el único equipo regiomontano que permanecía en primera división, cometiendo la imprudencia

## FELIPE VIELLE

de pedirle a uno de sus pretendientes que nos llevara al estadio para apoyar al Monterrey. Al recordar los tonos de la camiseta rival, deduzco que fue el sábado 30 de agosto de 1969. Frente a las gradas semivacías de la tribuna de sol, Hugo Pineda vigilaba el arco ataviado con un elegante suéter rojo y rodilleras blancas. Su área chica parecía un camino de terracería. Y mientras yo imaginaba el dolor de las raspadas, el equipo local empataba a dos con el Atlante, provocando que naciera para siempre mi adicción por los Rayados.⊕

## 2. FUNDAMENTOS DE UN AGRAVIO



*¿Clásicos? Clásicos los cerillos.*  
Ignacio Tréllez

El tiempo es el escultor del fútbol. Con un ritmo de juego mucho más lento que el actual, la década de los setenta fue quizá la última época de legendarias batallas en busca de la supremacía del fútbol nacional. En aquellos años, la velocidad de pensamiento superaba a la del pase, por lo que la cancha era una inmensa pradera para recibir, ver el firmamento, ubicar el espacio y descubrir una multitud de variantes ofensivas que pudiesen culminar en gol. La capital del país tenía no menos de cinco equipos en primera división. Mientras Cruz Azul, Atlante, Atlético Español y América jugaban en el Azteca, los Pumas lo hacían en el estadio Olímpico de Ciudad Universitaria. Los uniformes no portaban logotipos publicitarios y los escudos, al igual que las cabelleras, eran de inverosímiles

proporciones. El calzado era a menudo fabricado por los propios utileros, que ajustaban como guantes la talla de los “tachones” a los caprichosos deseos de los jugadores. Las espinilleras no eran de rigor y numerosos astros del medio campo preferían jugar con las medias caídas y la playera desfajada, honrando así la moda impuesta por Clodoaldo, Gerson y Rivelino, durante los acalorados partidos de la copa mundial México 70. Los porteros se protegían las rodillas, pero no las manos; mandaban confeccionar la identidad de sus propias vestimentas, y ante un disparo potente y desviado tenían que esperar largos minutos antes de que la tribuna —presa de su propio jolgorio— regresara el balón para que el cotejo se reanudara con saque de meta. Fue la década en la que el torneo de liga se jugaba a 38 jornadas, con los equipos divididos en grupos que portaban nombres legendarios, como Juan Carreño y Luis Pirata Fuente, y en la que se establecieron las espectaculares liguillas, con juegos a visita recíproca que podían requerir de un tercer partido en cancha neutral, si el marcador global permanecía empatado.

Para los Rayados que crecimos a principios de los setenta, los acérrimos rivales nunca fueron ni los Jabatos ni los Tigres, sino el América; el emblema deportivo de Televisa, la empresa de Emilio Azcárraga Milmo que imponía el poder de la mercadotecnia a partir del control omnipresente de las transmisiones televisivas y de la Federación Mexicana de Fútbol. Mientras que el Monterrey tenía un plantel limitado por un presupuesto

modesto y adeudos millonarios que ponían en peligro su continuidad, la fuerza económica y mediática del América se reflejaba en un cuadro plagado de estrellas de la talla de Enrique Borja, o de seleccionados chilenos como Carlos Reinoso y Osvaldo Castro Pata Bendita. Un domingo cada quince días, después de misa de once, sentarse a ver el fútbol implicaba tener que tolerar el canto de los jilgueros que, disfrazados de narradores, entonaban sonoras alabanzas a los ídolos de la escuadra que pagaba su salario. Cuando jugaba el América, las legendarias crónicas de Ángel Fernández tomaban tintes grotescos al alargar el grito de gol más de la cuenta y llamar por su nombre de pila a los jugadores, delatando la cercanía afectiva que lo vinculaba al equipo de su patrón. La televisión había establecido espacios recurrentes de promoción para fortalecer la popularidad del club, como aquel en el que el propio Fernández inmortalizara su legendario grito de “¡América!”, en un largo alarido que levantaba la algarabía del público presente, mientras el cronista mantenía en suspenso al teleauditorio, anunciando en vivo los resultados de la jornada dominical. “¡Ganamos Emilito!” exclamaría sin pudor un día en que obtuvieron el campeonato. Por ello, y a pesar de que algunos años después los dueños de Televisa decidieran imponer un nuevo apodo a su equipo, para nosotros nunca serían águilas sino canarios, o en el mejor de los casos, cremas.

Más allá de su opulencia financiera, de la actitud cremosa y arrogante de sus jugadores, de su desdén por



los equipos de provincia, o del exagerado favoritismo de las crónicas dominicales, la rivalidad se forjó a raíz de los agravios arbitrales que favorecían al americanismo, impidiendo que el Monterrey alcanzara sus primeros títulos nacionales. Oficialmente iniciaron en la final de la Copa Presidencial de la temporada 1963-64, cuando de manera incomprensible, el árbitro Rafael Valenzuela anuló el gol legítimo que coronaba a los Rayados antes de la definición por penales. Pero los acontecimientos ocurridos en la semifinal de la temporada 1971-72 acabaron por consolidar el encino de los aficionados regiomontanos. Después de terminar la campaña como líder de su grupo, practicando un fútbol abierto y espectacular, el Monterrey enfrentó al equipo de Coapa en una epopeya de tres encuentros que mantuvieron en vilo a millones de televidentes del país. El América ganaría por la mínima diferencia en el partido de ida —celebrado en el Azteca—, y el Monterrey el de vuelta —en el estadio Tecnológico—, empatando el marcador global. La trilogía tendría un desenlace amargo en la cancha neutral de León, con un enfrentamiento de desempate en el que los Rayados cayeron ante un público pletórico que, a pesar de volcarse en favor del Monterrey, no evitó lo que muchos recuerdan como el mayor robo arbitral en la historia del club.

La desilusión de aquella derrota dejaría un estigma profundo en el espíritu de los Rayados por casi cinco décadas. Desde aquella noche y hasta finales de 2019,

## LA QUINTA ESTRELLA

de los 55 encuentros de liga disputados en el Estadio Azteca, el Monterrey ha perdido 34, empatado 16 y ganado sólo cinco. Como visitante, nunca ha triunfado en los juegos de liguilla disputados contra el América. La final inédita del Apertura 2019 marcaría el parteaguas de esa larga y épica historia de descabros. Después de una liguilla contundente, de un mundial de clubes brillante y de una chilena de leyenda, el Monterrey daría un vuelco a la historia al coronarse en el Estadio Azteca, habiendo sido derrotado en el tiempo regular, llevando el partido a tiempo extra, y saliendo victorioso de la tanda de penales. En honor a las palabras de Ricardo Piglia sirvan estas páginas para mostrar cómo, en el caso de su añeja rivalidad con el América, tanto los privilegios de la escritura como los de la narración corresponderán, por décadas, a los aficionados de los Rayados.☹



### 3. LA PREVIA



*Ave Caesar, morituri te salutant.*  
Suetonio

CIUDAD DE MÉXICO, 29 DE DICIEMBRE  
DE 2019, 19:45 HORAS.

Cuando las luces se hayan apagado, cuando el calendario indique un dígito más en el valor de las centenas, cuando la camiseta siga siendo a rayas albiazules pero en el pecho no le quepan más estrellas, cuando el estadio de la Pastora tenga por fin el digno nombre futbolero que merece y que de su acero cuelguen mantas con números de leyenda —el 2 de Magdaleno Cano, el 14 de Francisco Javier Cruz, el 26 de Humberto Suazo—, los Rayados seguirán recordando aquella noche en la que fueron campeones, venciendo al América en el majestuoso Estadio Azteca.

Sin embargo, en vísperas de año nuevo, la final del torneo de Apertura 2019 no presagia nada bueno para

los cerca de 7 mil aficionados regiomontanos que abarrotan el palomar de la cabecera sur, un poco arrinconados hacia el poniente, como posible tributo al ocaso de los vencidos. Tampoco augura lo mejor para los millones de seguidores que en ese momento sintonizan la televisión o la radio, dejando vacíos los caminos, las carreteras y los surcos que transitan de Apodaca a San Pedro Garza García, de las Mitras a Villa de Santiago, de Zaragoza a China, Allende y Linares. En ese momento, a escasos minutos de que inicie el partido decisivo, y aunque nadie se atreve a confesarlo, la ansiedad se mezcla con la euforia para recordar —en un instante de angustiosa duda— las experiencias dolorosas que históricamente nos convierten en el eterno visitante apabullado por el ocupante del Coloso de Santa Úrsula. Al tratarse del América, nadie quiere tomar conciencia de la humillación que representaría tener que abandonar el inmueble apoyado en los barandales amarillos, abrumado por la estridencia de los cánticos y de las burlas, prolongando la agonía al llegar a un autobús oscuro y sucio para desparramarse en el asiento donde quedaron los vestigios del último “lonche”, con el costo del viaje y de la derrota a costas durante doce largas horas, antes de llegar desconsolados a la tierra prometida. Si el trayecto de ida fue de constante euforia y alegría al ritmo de las cumbias de Celso Piña y la banda de la Adicción —*Con bombo y bandera yo vengo a la cancha...*—, para el regreso, los viajeros quieren evitar la angustia del ya conocido desenlace.

# ÍNDICE

## PRÓLOGO

ROBERTO GÓMEZ JUNCO..... 11

---

1.- EL ORIGEN DE LA ADICCIÓN .....	15
2.- FUNDAMENTOS DE UN AGRAVIO .....	19
3.- LA PREVIA .....	25
4.- LA COLONIA MÉXICO .....	33
5.- UNA RIVALIDAD HISTÓRICA .....	41
6.- CRÓNICA DEL DESPILFARRO .....	51
7.- EL HALLUX DE PACO AVILÁN.....	59
8.- LAS IRREVERENTES CÁBALAS DEL TURCO .....	67
9.- LOS RAYADOS VISITAN EL COLEGIO .....	73
10.- LA NOCHE DEL TRES .....	79
11.- EL ARRAIGO DE LAS DUPLAS .....	87
12.- EL CORAZÓN A LA IZQUIERDA.....	95
13.- CUMBIA PARA EL SEGUNDO TIEMPO .....	103
14.- GUERRA EN EL TEC.....	111
15.- EL ESTRUENDO REDENTOR .....	121
16.- LOS ESPOLONES DEL GALLO .....	127
17.- EL VISIONARIO DEL CERRITO .....	135
18.- SIEMPRE TE PASA TODO LO MALO .....	143
19.- TIEMPO EXTRA .....	149
20.- EXCESO DE MENUDENCIAS.....	153
21.- UN RAYADO EN EL EXILIO .....	157
22.- EL TERCER JUEGO .....	165
23.- LA REGIÓN MÁS TRANSPARENTE .....	175
24.- PENALES .....	181
AGRADECIMIENTOS .....	189
SEMBLANZA DE PERSONAJES SELECTOS.....	193

«LA QUINTA ESTRELLA. LA HISTÓRICA RIVALIDAD  
CON EL AMÉRICA DESDE LA MEMORIA DE UN  
RAYADO EN EL EXILIO»

DE FELIPE VIELLE, SE TERMINÓ DE IMPRIMIR  
EL 1 DE SEPTIEMBRE DEL AÑO 2021, EN LOS  
TALLERES DE EL ERRANTE EDITOR S.A. DE C.V.,  
PRIVADA EMILIANO ZAPATA 5947, COL. SAN BALTAZAR  
CAMPECHE, PUEBLA, PUE., CP 72550.

SE TIRARON 1000 EJEMPLARES

